



Introducción al pensamiento de M. Granell

Antonio Pintor Ramos
Real Monasterio del Escorial
LA CIUDAD DE DIOS
Vol. CLXXXIV – 1970-. Páginas 115-122

"Si Dios tuviese todas las verdades en su mano derecha y en su mano izquierda la simple aspiración constante hacia la verdad, aun con la condición de errar eternamente, y El me dijera: ¡elige!, yo me arrojaría humildemente sobre su mano izquierda, diciendo: Padre, ¡elijo!, porque la verdad pura solamente a tí te conviene."
(LESSING)

"Al principio era la acción" (Goethe)

El nombre de Manuel Granell no es desconocido para la mayoría de los filósofos españoles; sin embargo, su alejamiento geográfico en la Universidad de Caracas, donde ejerce su labor profesional, quizá lo haga más extraño de lo que sería de desear. Recientemente ha publicado en nuestra patria su obra más importante, pero es de temer que también esta vez se haga realidad el amarga presagio del filósofo, para vergüenza nuestra tantas veces confirmado. "También sé -dolorosamente lo confieso-, que suele desconocerse el filosofar en castellano, que mi voz no convoca la deseable audiencia, que quien vive en un país ajeno no es de ninguno. Mi asombro ante la maravilla humana ha sido y será inmovible; mi fe en el hombre se aminora cada día. Publico, pues, sin esperanzas. Por cumplir con mi conciencia" (*La vecindad humana. Fundamentación de la Ethologia, Rev. de Occidente, Madrid 1969, p. 10*). Nosotros, por cumplir con la nuestra y con una voz mucho más humilde que la de Granell, no quisiéramos que ese presagio se hiciese realidad; por eso, nos hemos decidido a presentar brevemente la que nos parece ser la dirección fundamental que anima el pensamiento de Granell.

La obra más conocida de este filósofo es un estudio sobre la logicidad (*Lógica. Revista de Occidente, Madrid 1949*). Aunque se haya usado y se pueda usar como un manual de lógica -por cierto, muy al día si se tiene en cuenta la fecha de su publicación-, es evidente que el propósito del autor es algo distinto. La parte que podríamos llamar de manual tiene el sentido de servir de instrumento para llevar a cabo una reflexión sobre la logicidad, sobre el sentido, el alcance y los límites del formalismo lógico que, para Granell, no puede entenderse como algo suficiente en sí mismo, sino como un instrumento al servicio de la radical realidad humana. Ya se nota aquí una de las constantes del pensamiento de Granell: su actitud es profundamente **humanista** (*El*



humanismo como responsabilidad, Taurus, Madrid 1959) y ésto le lleva a desconfiar de todo sistema puramente especulativo, pues también ese pensamiento es algo que debe estar al servicio del hombre y debe proporcionar los instrumentos necesarios para poder responder a las necesidades y a los problemas con que la humanidad en su desarrollo tiene que enfrentarse. Por eso, el estudio de Granell sobre el logicismo desemboca en la necesidad de apoyarlo en última instancia en una lógica radical, la que Ortega llamó lógica de la *razon vital*. Con esto queda indicado que nuestra pregunta básica desemboca ampliamente en la lógica de la razón vital que Ortega postula... Se verá entonces que ésta incide en una nueva metafísica -en una metafísica *auténticamente nueva*-. (*Lógica, p. 6*). Con todo lo insatisfactoria que pueda resultar para el lógico, la parte más original y más importante de esta obra de Granell es la dedicada a ensayar el primer paso hacia la construcción de esa lógica de la razón vital.

Tenemos ya una de las coordenadas para situar el pensamiento de Granell: la influencia de Ortega y Gasset es decisiva en quien fue uno de los filósofos más jóvenes y prometedores de los reunidos en torno al filósofo español. Más tarde se añadiría otra coordenada también decisiva: la de M. Heidegger, sobre todo del Heidegger metafísico de las obras posteriores a 1947; el propio autor nos explica cómo utiliza él estas dos inspiraciones, en más de un punto contrapuestas: “golpeando una contra otra las filosofías de Ortega y de Heidegger, cual eslabón y pedernal, en procura de alguna chispa que las iluminara a nuestros fines” (*La vecindad humana, p. 277*). A través de este prisma, Granell nos ofrece una originalísima -chocante a veces, pero siempre sugestiva- lectura de la historia de la filosofía con una aplastante erudición. Ya veremos más adelante este punto con un poco más de precisión.

El camino recorrido por Granell desde sus primeras obras hasta la madurez que presentan las últimas, ha sido largo; hoy disponemos de los principales hitos que lo jalonan a través de una serie de ensayos que en su día resultaban quizá arriesgados por defender tesis muy radicales cuya fundamentación, como sucede siempre en este tipo de escritos, quedaba más afirmada que probada; ahora, al disponer ya de la obra principal, podemos encuadrarlos perfectamente dentro de su pensamiento (*Los ensayos que componen el ya citado El Humanismo como responsabilidad y, sobre todo, El hombre un falsificador, Rev. De Occidente, Madrid 1968*). Aquí no podremos hacer otra cosa que exponer la línea central de ese pensamiento, demasiado rico para ser analizado aquí en detalle.

El hombre es un ser indigente que nace mostrenco y llega al mundo en un estado de precariedad suma. Por ello, “el hombre tiene que hacerse a sí mismo, y para ello debe comenzar haciendo *mundo* a su imagen y semejanza; o sea recubrir la nuda realidad inhóspita con la artificiosa estofa de su *creación*, a la cual llamo *vecindad*” (*La*



vecindad humana, p. 321). He aquí, dicho en pocas palabras, la temática que va a desarrollar Granell.

El mundo por sí mismo no es un *cosmos*, sino precisamente lo contrario: “Incluso de una manera superficial, parece resumirse en vocablo *inhospitalidad* la ancestral y reiterada experiencia del hombre por este valle de lágrimas. Y acaso proceda de ella ese terco sentir que anima nuestra idea del Paraíso” (*La vecindad humana*, p.43). Frente a esta situación -el hombre que nace manco, el mundo que se le presenta como algo inhóspito-, tiene el ser humano que hacer su vida porque, a diferencia de otros seres vivos, ésta tampoco le es dada hecha; para hacer su vida, el hombre tiene que comenzar por convertir ese mundo inhóspito en una *morada* habitable y, a partir de ahí, tiene que crear los instrumentos necesarios para hacerse a sí mismo. Buscar una definición lógica del hombre es un contrasentido porque en realidad el hombre no es nada, sino tan solo lo que él mismo se hace en un perpetuo devenir a través de su propia vida.

El hombre puede llevar a cabo esta tarea, puede por tanto subsistir como individuo y como especie, porque es esencialmente un *tecnita*; ésta es una de las tesis más características de la meditación de Granell. (CF. *Carta sobre el tecnita y la razón* en *El hombre un falsificador*; *La vecindad humana*, pp. 48, 61-63, 385-413.) Para cumplir esa tarea de tecnita el hombre dispone de una capacidad de «interrogación» frente a las situaciones que le pueden resultar problemáticas o incluso aporéticas; sobre ello puede *imaginar* soluciones distintas de la que ofrece el *statu quo* y puede también -esto evidentemente es lo decisivo- *producir* activamente otras situaciones distintas de las dadas, puede transformar el mundo y la realidad; por ello, podríamos decir que el hombre es esencialmente *creador*, a condición de que se tenga en cuenta que esa creación se hace sobre materiales previamente existentes que el hombre encuentra como algo que le es dado. Como se ve, la doctrina del *tecnita* es más amplia que la del *homo faber*; esta última recoge sólo un aspecto de aquélla y no el más importante.

Esto obliga a una inversión del racionalismo occidental. El punto de gravedad tiene que ser desplazado del *cógito al sum*, inversión llevada a cabo ya en la filosofía contemporánea, aunque no de un modo súbito, sino a través de un largo proceso histórico. A este respecto, Granell nos ofrece páginas de gran valor; valgan como ejemplo unas agudísimas consideraciones sobre el sentido del dualismo cartesiano o el

concepto hegeliano de existencia. El pensamiento contemporáneo recogió la madurez de este proceso y la formuló como prioridad de la *existencia* o de la *vida* sobre el puro pensamiento abstracto. Esta idea recibe en la filosofía contemporánea dos formulaciones distintas con acento diverso; una, que pasa a través de Hegel, es



recogida por Heidegger y concibe la existencia fundamentalmente como insistencial; la otra, a través de Dilthey, está representada por Ortega y Gasset que concibe la vida de un modo esencial como *resistencia*. La primera tiene el peligro al exclusivizarse de convertirse en excesivamente esencialista y quedarse en el puro *Dasein*, al que corresponde como existenciario el «ahi» (Da); es preciso descender más profundamente y darse cuenta de que el ser humano es esencialmente *corporeidad* y este hecho informa todas las realidades humanas sin posible excepción, correspondiéndole como existenciario el *aquí-propio*. Granell acepta como válidas ambas consideraciones y las define como las dos instancias fundamentales de la *nostridad*, la categoría fundamental del existir del hombre que ha de contar siempre con su vecindad respecto a las cosas y a sus congéneres. Resistencia e *insistencia* representan los dos polos dentro de los cuales varía y se mueve la dialéctica vital.

El primer contacto con la realidad nos la muestra como *resistencia* dentro del camino que el hombre tiene que seguir para construirse a sí mismo; lo que sucede es que el técnico, usando de todo el material que tiene a su disposición, no se rinde a esta primera dificultad, sino que insiste sobre esa realidad opaca y el resultado de tal insistencia es la técnica, la ciencia, el arte, en una palabra, todos los contenidos del llamado espíritu objetivo. Efectivamente, éstos se van haciendo consistentes en sí mismos y desde ese momento cada hombre concreto puede disponer de ellos. Ese mundo así constituido no es algo estáticamente cerrado, sino que está esencialmente volcado a un proceso histórico de constitución y crecimiento que Granell llama, con terminología tomada de M. Scheler, un proceso de *funcionalización del espíritu* (Cf. *Ser, verdad y progreso, en El hombre un falsificador; La vecindad humana*, pp. 15-41, 325-351). De este modo, la vieja antítesis de historia y verdad inmutable queda dirimida con la afirmación de que también el espíritu es algo histórico y una realidad que no está oculta en ningún trasmundo supratemporal, sino una creación del hombre en la historia. Esta imanentización del espíritu a la historia, tarea en la que Hegel, Dilthey y, sobre todo, N. Hartmann marcan hitos decisivos es, para Granell, una de las conquistas más importantes del pensamiento contemporáneo.

Desde este dato fundamental de la vecindad del hombre con las cosas y con los demás y teniendo en cuenta la esencial condición de *técnica*, el hombre va construyendo su *morada*, tarea de enormes consecuencias y responsabilidad, tarea además histórica en la que los aciertos y errores de los antepasados pesan de un modo decisivo. Por eso justamente no pretende Granell una «antropología filosófica» en sentido habitual, sino una «ethología», es decir, una ciencia que estudia los procesos y estructuras mediante las cuales el hombre se construye a sí mismo enfrentándose a un mundo inhóspito y convirtiéndolo en «morada».



Creo que ésta es la línea básica del planteamiento de Granell que aquí no podemos seguir en cada uno de sus puntos concretos. Nuestro resumen es muy prosaico y no da ni una idea mermada de la riqueza que rezuma este pensamiento. El solo enunciamiento de la tesis básica con su decidido prometeísmo quizá estremezca a más de un lector con una sensación de vértigo, al quedarnos sin un punto de referencia inamovible en un mundo trascendente a ideal, a que nos tiene acostumbrados la tradición platonizante de occidente. El propósito de Granell es invertir esa tradición, inversión sin las estridencias de un Nietzsche o un Heidegger, anunciada ya en sus escritos tempranos. En la eterna polémica entre Parménides y Heráclito, se quiere volver a éste y se pretende que, después de la secular aventura del racionalismo y viendo sus consecuencias teóricas y prácticas, “ha llegado la hora en que la simiente de Heráclito dé su magna cosecha”.

Es bien sabido que no es Granell el único filósofo contemporáneo que pretende invertir la dirección hasta ahora dominante en el pensamiento occidental. No tiene nada de extraño que en esta tarea sean continuamente invocados una serie de filósofos: en primer lugar, naturalmente Hegel, pero también con insistencia Nietzsche y Heidegger. Lo que sucede es que en Granell es menos estridente porque a ello se añaden las perspectivas culturalistas de Ortega y Gasset y no se habla ya de una provocativa «destrucción de la historia del pensamiento» para enlazar sin más con Heráclito el Oscuro. El acentuado sentido de la historicidad del hombre y la cultura que posee Granell le advierte que esto no pasaría de una utopía. Con una erudición aplastante, Granell va descubriendo que esa historia del pensamiento occidental es menos monolítica e impermeable de lo que algunas exposiciones simplistas tienden a pensar; uno de los servicios que Granell prestará al filósofo es su lectura de la historia del pensamiento como un progreso hacia una reconciliación del racionalismo rígido con la historia.

El planteamiento que ve en el hombre un ser inacabado que, gracias a su condición de técnica, logra construirse a sí mismo y al mundo, no nos suena a novedad. En la historia de la antropología filosófica es ya clásico un planteamiento similar, al menos en algunos puntos, hecho en 1940 por Arnold Gehlen en su clásica obra *Der Mensch*; resulta extraño que en un pensador tan erudito como Granell el nombre del filósofo germano esté ausente, cuando una confrontación con sus puntos de vista hubiese sido quizá muy esclarecedora.

En la trayectoria de Granell, *La vecindad humana* es indudablemente su *opus magnum* y el punto de partida con el que se tendrá que contar en el futuro para la comprensión del filósofo español. Aquí está la última justificación de su punto de vista en el tratamiento de la logicidad, aquí hay una antropología filosófica bastante



elaborada y aquí están las bases para una fundamentación de una filosofía de la cultura y de la técnica, de la ética o de la sociología.

Me voy a referir, finalmente, a algunas características más formales de su manera de filosofar, en alto grado original. El estilo es muy original y el lenguaje empleado, en el que no faltan abundantes alusiones a la literatura, no es del todo corriente: profusión de términos nuevos o de términos viejos muy remozados, continuo recurso al subrayado, al entrecomillado, a los guiones; todo ello en un gran esfuerzo, feliz unas veces y otras quizá menos, por extraer del lenguaje todas las virtualidades especulativas que ofrece el pensamiento, pero sin hacer nunca filología o convertir al lenguaje en un fin de sí mismo; Granell asimiló en este punto la lección de sus maestros Ortega y Gasset, Gaos y Zubiri, lo cual no deja de recordar lo que Heidegger hace con la lengua alemana. A este respecto es curiosa la disposición externa de su última obra; diríamos que está escrita en dos textos de ritmo y densidad distintos: al lado del texto fundamental, hay una profusión de notas -quizá una tercera parte del no parco volumen- que no sólo cumplen la función habitual del aparato crítico, sino que contienen desarrollos originales y explicaciones más amplias de los temas tratados en el primer texto; su consulta es indispensable para aquel que quiera aprovechar todas las riquezas del pensamiento del filósofo. La mejor recomendación para que ésto no se haga es la desastrosa costumbre editorial de agrupar las notas al final de cada capítulo; cuando éstas son inusitadamente largas y resulta difícil su colocación a pie de página, como en este caso, lo más cómodo para el lector y quizá también para el editor es colocarlas al final del libro.

La manera que tiene Granell de hacer filosofía es lo más opuesto al tratado sistemático, sobre todo en sus últimas obras; su lectura exige la reflexión y es poco apta para los amigos de lecturas salteadas. Seguir la marcha del pensamiento de Granell, que no es nunca rectilínea, puede resultar un poco costoso para el lector partidario de las exposiciones con una disposición arquitectónica de claridad matemática, pero creemos que ese esfuerzo quedará espléndidamente compensado. Se puede no estar de acuerdo ni con una línea del pensamiento de Granell -nuestro propósito es informativo, no crítico-, pero habrá que reconocer que se trata de una obra realmente conseguida dentro del pensamiento filosófico en castellano, lo cual no es demasiado habitual; por ello, merece tenerse en cuenta, aunque las modas vigentes no ofrezcan el terreno mejor abonado para la recepción favorable de obras de esta temática y de este tipo de construcción.